

Noticia reciente: La guerra casi dejó de existir

John Mueller

La guerra ha disminuido grandemente en el curso de la década de 1991 y más en particular durante los últimos años, un desarrollo notable que apenas ha llamado la atención. Dentro de muy pocos años podría no haber guerras en ninguna parte del mundo, muy posiblemente por primera vez en la historia de la raza humana.

La guerra se define más comúnmente en la literatura de las ciencias sociales como un conflicto armado entre gobiernos (en el caso de las guerras internacionales), o entre un gobierno y un grupo doméstico armado al menos en parte organizado (para las guerras civiles), en el que al menos mil personas son muertas, o mueren cada año, como consecuencia directa o bastante directa de la lucha. Usando esta definición, probablemente queden sólo dos guerras en el mundo –la que está concentrando todos los titulares, en Irak, y una guerra civil en Sudán.

Hay varios conflictos armados intermitentes que podrían potencialmente situarse por encima del umbral de violencia – en Nepal, Israel, Chechenia, Sri Lanka, Colombia, Cachemira o Nigeria, por ejemplo –, aunque la mayoría de ellos parecen estar declinando en violencia. Y, por supuesto, podrían emerger nuevas guerras en otros países. Además, uno podría aplicar otras definiciones más modestas de guerra que empujarían el número por encima de dos. Pero, como sea que se defina, la guerra se ha vuelto un fenómeno notablemente raro.

Para empezar, ciertas variedades de guerra estándar, de hecho clásicas, en particular la guerra importante, o las guerras entre países desarrollados, se han vuelto tan raras e improbables que bien podrían considerarse obsoletas, si es que no obsoletas. También parecen estar en notable declinación la guerra internacional más en general, la guerra civil convencional, la guerra colonial y la guerra civil ideológica.

Para entender este notable fenómeno sugiero que en algún momento de mediados del milenio pasado, las fuerzas militares y policiales disciplinadas triunfaron sobre fuerzas esencialmente criminales en Europa y, en el proceso, gradualmente trajeron el orden civil y el sistema del Estado a ese continente.

Como resultado, la guerra, previamente un hecho casi continuo de la vida allá, quedó sujeta a un control político más coherente. Luego, cuando la gente y los políticos del mundo desarrollado se decepcionaron de la guerra – algo que ocurrió en tiempos de la Primera Guerra Mundial –, usaron de manera creciente su control sobre la guerra para evitar que sucediera, al menos en sus relaciones unos con otros. Desde esta perspectiva, la Segunda Guerra Mundial en Europa se vuelve un espectacular anacronismo, fabricado casi a pulso por el atavismo supremo de la historia, Adolf Hitler. Luego, en el curso del último medio siglo, la aversión a la guerra del mundo desarrollado parece haber sido cada vez más adoptada en otras partes, con el resultado de que también otros tipos de guerra se están volviendo cada vez más raros.

Así, me parece que la declinación de la guerra se deriva principalmente del modo en que las actitudes hacia el valor y la eficacia de la guerra han cambiado, en particular durante el último siglo, y la clave reside en las maquinaciones de los empresarios de ideas, no en desarrollos sociales, económicos o tecnológicos de mayor amplitud o en la construcción de instituciones, comercio o patrones de interdependencia, que a menudo parecen ser más casi una consecuencia de la paz y de la creciente aversión a la guerra que su causa. La guerra, desde esta perspectiva, es simplemente una idea, una institución, como los duelos o la esclavitud, que ha sido injertada a la existencia humana. No es un truco del destino, un rayo del infierno, una calamidad natural o un desesperado giro en un guión soñado por algún titiritero sádico en lo alto. Y me parece que la institución experimenta una marcada declinación conforme las actitudes hacia ella han cambiado, siguiendo en términos generales el patrón por el cual la antigua y formidable institución de la esclavitud se desacreditó y se hizo obsoleta.

Con sólo unas pocas excepciones, ha habido dos tipos de guerra desde el final de la Guerra Fría.

De lejos, las más comunes han sido las guerras civiles, la mayoría de ellas ocurriendo en los países más pobres del mundo. Muchas de ellas han sido llamadas “nueva guerra”, “conflicto étnico” o, más grandiosamente, “choques de civilizaciones”. Pero de hecho la mayoría, aunque no todas, se parecen más a depredación oportunista practicada por bandas – a menudo notablemente

pequeñas – de criminales, bandidos y malhechores. Libran conflictos armados ya sea como mercenarios contratados por gobiernos desesperados o como bandas de señores o de bandoleros independientes o semi-independientes. Hasta un grado sustancial que tal vez esté aumentando, entonces, la guerra se ha visto reducida a sus residuos – o sus heces – y los combatientes residuales son malhechores.

En los últimos años, muchas de estas guerras – o empresas criminales competitivas – se han agotado a sí mismas, y su lugar no ha sido tomado por nuevas. Esto no se debe a que se hayan reducido las tensiones étnicas, nacionalistas, de civilizaciones o religiosas: siguen siendo muy pronunciadas en muchas áreas. Más bien la clave parece estar en el surgimiento de gobiernos competentes que cada vez más han podido controlar los conflictos domésticos en vez de exacerbarlos como con frecuencia ocurrió en el pasado.

Esto es, es la efectividad gubernamental, y no la tensión étnica u otras consideraciones más cósmicas, la clave para la existencia de mucha de la guerra civil contemporánea. De esto se sigue que la fabricación de un gobierno capaz es en última instancia el método más prometedor para el control de largo plazo, e incluso potencialmente para la erradicación de la mayor parte de los remanentes de la guerra. Hay algunas evidencias sugestivas, pero de ninguna forma concluyentes, de que los gobiernos se están volviendo generalmente más efectivos incluso en las áreas más pobres del mundo, y así la guerra criminal (y los regímenes criminales) podría, como la guerra internacional, estar experimentando una declinación terminal.

El otro tipo remanente de guerra en la era posterior a la Guerra Fría, mucho menos común, incluye lo que podría llamarse “guerras de policía”. Comprenden esfuerzos militarizados por parte de los países desarrollados por traer al orden conflictos civiles o por derribar regímenes de bandidos que son, después de la aparente desaparición de la guerra internacional, las principales fuentes remanentes de destrucción humana letal en el mundo. La experiencia durante el periodo posterior a la Guerra Fría sugiere que esta no es usualmente una tarea terriblemente formidable: dado que los malhechores tienden a ser oportunistas y cobardes, en general pueden ser derrotados por un ejército organizado, disciplinado y de buen tamaño. Sin embargo, es improbable que los países

desarrollados, a pesar de su consenso general acerca de cómo debería estar organizado el mundo posterior a la Guerra Fría, ejecuten de manera sistemática estas acciones por varias razones. Entre ellas se incluye una severa aversión a las bajas, una ausencia fundamental de interés, una aversión a la actividad policial de largo plazo, la falta de ganancias políticas derivadas del éxito, un sesgo profundo contra la guerra y la agresión, y la suposición, desviada pero conveniente, de que los conflictos civiles nacen de odios inmutables e inexplicables que no pueden ser remediados por forasteros bien intencionados. El registro de estas empresas ha sido mixto, pero los sucios resultados de la más notable y reciente de ellas – la guerra (o debacle) de Estados Unidos en Irak – sugieren que hay pocas probabilidades de que se vuelvan comunes.

Por supuesto, la muerte de la guerra difícilmente significa que todo esté perfecto. El crimen y la depredación criminal seguirán existiendo, y también lo hará el terrorismo, que, como el crimen, puede ser ejecutado por individuos o por grupos muy pequeños. Y ciertamente habrá muchos otros problemas por qué preocuparse: hambre, enfermedad, malnutrición, contaminación, corrupción, pobreza, política y faenas económicas.

Sin embargo, una continua declinación en lo que resta de la guerra, aunque esté lejos de la certidumbre, parece una perspectiva del todo razonable. Si el proceso continúa, la guerra se retirará de la experiencia humana.

Si esto demuestra ser cierto, parecería sugerir que algunas de las pocas nociones reverenciadas sobre las causas de la guerra y los antídotos a la misma deberían ser re-examinados. La guerra parece estar desapareciendo sin cambiar la naturaleza humana o el “impulso agresivo”; sin crear un gobierno mundial o un sistema de ley internacional efectivo; sin modificar la naturaleza del Estado o de la nación-Estado; sin ampliar el comercio, la interdependencia o la comunicación internacionales; sin lograr mucho en materia de igualdad internacional; sin fabricar un equivalente moral o práctico efectivo; sin envolver a la Tierra en democracia o prosperidad; sin diseñar ingeniosos acuerdos para restringir los armamentos o su industria; sin reducir el considerable depósito mundial de odio, egoísmo, nacionalismo, extremismo y racismo; sin aumentar la cantidad de amor, justicia, armonía, cooperación, hermandad, buena voluntad o paz interior; sin alterar el sistema internacional; sin establecer

comunidades de seguridad; sin mejorar la competencia de los líderes políticos; y sin hacer mucho de cualquier cosa acerca de las armas nucleares.

Libro relevante: John Mueller, The Remnants of War (Cornell University Press, September 2004)

John Mueller

Cátedra “Woody Hayes” de Políticas de Seguridad Nacional, y Profesor de ciencias políticas

Universidad Estatal de Ohio

Mershon Center

1501 Neil Avenue

Columbus, OH 43201-2602 USA

614-247-6007

614-292-2407 (fax)

bbbb@osu.edu

<http://psweb.sbs.ohio-state.edu/faculty/jmueller>

Enero 9, 2005